

LA NADERÍA DE LOS ACTANTES EN “TRES VERSIONES DE JUDAS”

Resumen

En “Tres versiones de Judas”, del libro Ficciones (1956), Jorge Luis Borges problematiza el modelo actancial en la narración. Establece que muchas veces el oponente es, en realidad, el sujeto, que es el mismo actante; lo que nos refiere al ensayo “La nadería de la personalidad”. Por ello, es imperativo ver al sujeto de la narración con escepticismo y detenerse en la figura del oponente, puesto que muchas veces su función es más compleja de lo que aparenta.

Borges concibe las estructuras actanciales en la narrativa de forma dinámica y apunta a ello en cuentos como “Tres versiones de Judas”, “Los teólogos”, “La forma de la espada”, entre otros. Así, no solo nos brinda una nueva forma narratológica de “querer expresar la vida entera”, sino una nueva forma de leer.

Palabras clave: Jorge Luis Borges, “Tres versiones de Judas”, “La nadería de la personalidad”, modelo actancial, narrativa hispanoamericana, cuentística argentina

Abstract

Jorge Luis Borges studies the actantial model at “Tres versiones de Judas” (Ficciones, 1956), where he establishes that many times the opponent is the subject, both roles constitute the same actant, as it can be traced in the essay “La nadería de la personalidad”. Because of this, it is imperative to see the subject with skepticism and to take notice on the opponent, as its narrative function is more complex than it seems.

Borges conceives narrative actantial structures in a dynamic way as it is evident in his short stories “Tres versiones de Judas”, “Los teólogos”, “La forma de la espada”, between others. Therefore, he brings us not only a new narratologic form of ‘querer expresar la vida entera’ (wanting to express the entire life), but a new form of reading.

Keywords: Jorge Luis Borges, “Tres versiones de Judas”, “La nadería de la personalidad”, actantial model, Spanish American narrative, Argentine short stories

¿Cómo se narra? ¿De qué forma analizamos los actantes narrativos? En “Tres versiones de Judas”,¹ Jorge Luis Borges problematiza el papel de los actantes en la narración, en específico, plantea un estudio a la figura del oponente. En este relato, Borges cuestiona los roles actanciales; y, siguiendo sus

¹ Jorge Luis Borges, *Ficciones*, Buenos Aires: Emecé Editores, 1995, c. 1956; pp. 184-192.

teorías, planteadas en “La nadería de la personalidad”,² establece que muchas veces el oponente es, en realidad, el sujeto.³ Esencialmente, esto es lo que nos interesa como objeto de este artículo.

El modelo actancial, según lo propone A.J. Greimas, en *Semántica estructural* (1966), sirve para analizar la estructura de la narración. Comprende las siguientes categorías:⁴ sujeto, o generador de la acción, es decir, el sujeto es aquel cuyo deseo determina la acción del relato; objeto, lo deseado por el sujeto; destinador, quien promueve y castiga la acción del sujeto; destinatario, a quien el sujeto beneficia o busca beneficiar; ayudante, todos aquéllos que ayudan al sujeto; y oponente, los contrarios a éste. Podemos establecer las siguientes relaciones binarias de este esquema: sujeto/objeto; destinador/destinatario; y ayudante/opponente. Justamente, siguiendo preceptos panteístas, Borges propone en “Tres versiones de Judas”, que tales relaciones, que operan unas en función de las otras, constituyen una unidad, un ente. Muchas veces, en una primera lectura, lo que apunta el texto como sujeto, no es sino el ayudante, y el oponente es el sujeto; y, luego, si percibimos bien, nos percatamos de que los roles actanciales fluyen en el mismo actante, al final, son la misma “persona”, como también lo plantea en “Los teólogos”.⁵

Volviendo al esquema, el sujeto tiene la misión de adquirir su objeto, de lograr su deseo; de aquí se conjetura una búsqueda que se ve contrariada por el oponente y apoyada por el ayudante. No obstante, este esquema omite o silencia el recorrido del oponente, a quien solo vemos cuando contraría el trayecto del sujeto y pone en peligro los valores de los que es portador. Esto es muy revelador en “Tres versiones de Judas” porque, ciertamente, son todas esas omisiones a la figura de Judas las que permiten la lectura de Runeberg y, de allí, que los roles actanciales sean tan ambiguos, lo que muestra la nadería de los actantes. Sin embargo, antes, hay que señalar que el carácter erudito del texto brinda cierta autoridad al relato; la fusión de lo sagrado con lo herético y de lo ficticio con lo real nos lleva a conjeturar, aunque sea por breves instantes, que estas versiones de Judas son posibles realidades,⁶ el desdoblamiento o la bifurcación del acontecimiento más importante en la teología cristiana.

² Jorge Luis Borges, *Inquisiciones*, Barcelona: Seix Barral, 1993, c. 1925; pp. 93-104.

³ Esta idea será elaborada, luego, en el cuento “Los teólogos” de *El Aleph* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1949; pp. 37-48), desde otro ángulo, y puede despuntarse como un análisis lingüístico, según lo discute Arturo Echavarría, en *Lengua y literatura de Borges* (Madrid: Iberoamericana, 2006):

Si en el Paraíso no hay tiempo ni lenguaje, desaparecen los contextos temporales del lenguaje mismo [...] y que dotaron de una identidad a los personajes. Ambos, Juan de Panonia y Aureliano, [...] en la eternidad del Paraíso, fuera de los contextos de tiempo y lenguaje, formaban, para Dios, una misma persona. (171)

⁴ Que tienen su correspondencia al modelo propuesto por Vladimir Propp, en *La morfología del cuento* (1971), a saber: lo que para Propp es el héroe, para Greimas, el sujeto; la princesa, el objeto; el mandatario, el destinador; héroe y princesa, el destinatario; el donante, el ayudante; y el agresor, el oponente, respectivamente.

⁵ Jorge Luis Borges, *El Aleph*, Buenos Aires: Editorial Losada, 1949; pp. 37-48.

⁶ Así, también, pudiéramos hablar de la nadería de la realidad o la nadería de la verdad, pero necesitaríamos otro espacio para esto.

Edna Aizenberg vincula los preceptos de este cuento con la doctrina de los cainitas,⁷ de allí, que Borges socave el concepto de lo divino al relativizar a Dios, a los humanos y la epistemología. Precisamente, conocedores⁸ de la obra de Borges señalan su gusto por fundir la estética con la metafísica, la ontología con la literatura, y su inclinación por ver los escritos bíblicos como la mejor muestra de literatura fantástica. De hecho, Arturo Echavarría⁹ comenta:

Así que al leer al escéptico Borges que escribe sobre metafísica no debemos dirigir primordialmente nuestra atención hacia los modos en que esa teoría metafísica se adecua al mundo real, situación que de antemano parece estar descartada por el mismo Borges, sino las formas y modos que esa "inquisición" y disquisición metafísica lanza luz sobre el fenómeno de la creación literaria.

Por tanto, debemos ver las Escrituras como literatura, y las teorías de Runeberg como críticas a la literatura misma. Efectivamente, será Borges quien, en "Vindicación de la Cábala",¹⁰ nos incite al estudio criptográfico y hermenéutico de las Escrituras y, por lo tanto, de la literatura misma, a la que debe interrogarse "hasta lo absurdo, hasta lo prolijo",¹¹ como hizo la Cábala. Es, por esto, que vemos a ambos, Judas y Jesús, como actantes narrativos, y el examen de sus intenciones como análisis de las figuras actanciales: sujeto, ayudante y oponente.

La primera versión de Judas, *Kristus Och Judas*, parte de Mateo 26:14-16,¹² que dice:

Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata. Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle.

Runeberg cuestiona lo casual del acto delator de Judas. Primero, Judas no era necesario para indicar quién era Jesús, ya que, para ese tiempo, era una celebridad, por lo que "la traición de Judas [...] fue un hecho prefijado que tiene su lugar misterioso en la economía de la redención".¹³ Y, así, Runeberg eleva a Judas al nivel de Cristo, ya que

⁷ La doctrina de los cainitas se refiere a una escuela gnóstica que subvierte las figuras de Caín y Abel, haciendo de este último el hermano inferior para reintegrar la parte mundana con su contraparte divina. (Ver Edna Aizenberg, *El tejedor del Aleph: Biblia, Kábala y judaísmo en Borges*, Madrid, Atalena, 1986; pp. 126-127).

⁸ Véase Jaime Alazraki, *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges: temas, estilos* (Madrid, Gredos, 1983); Arturo Echavarría, *Lengua y literatura de Borges* (Madrid, Iberoamericana, 2006); y Ernesto Sábato, "Borges y el destino de nuestra ficción", *El escritor y sus fantasmas* (Buenos Aires, Aguilar, 1964; pp. 245-257).

⁹ *Ibid.*; p. 31.

¹⁰ Jorge Luis Borges, *Discusión*, Buenos Aires: Emecé Editores, 1957; pp. 55-60.

¹¹ *Ibid.*; p. 60.

¹² Todas las citas bíblicas son extraídas de la versión Reina Valera de 1960.

¹³ *Ibid.*; p. 186.

[...] era necesario que un hombre, en representación de todos los hombres, hiciera un sacrificio condigno [...] Judas único entre los apóstoles intuyó a secreta divinidad y el terrible propósito de Jesús. El Verbo se había reducido a mortal; Judas, discípulo del Verbo, podía rebajarse a delator (el peor delito que la infamia soporta) y ser huésped del fuego que no se apaga.¹⁴

En primera instancia, y según lo que percibimos de las acepciones tradicionales del cristianismo, Judas es el oponente porque traiciona a Jesús, quien, sin lugar a dudas, es el sujeto en los Evangelios. No obstante, la versión de Runeberg hace que la figura del oponente se convierta claramente en el ayudante. De esta manera, el estudio teológico de “Tres versiones de Judas” nos incita a ver al sujeto con escepticismo, y a detenernos en el oponente porque éste no ha sido debidamente analizado. Es decir, si no fuera por Judas, la figura de Jesús no hubiese sido expuesta a su última y más grande prueba; y lo interesante de esto es que la tendencia es ver a Judas como un simple oponente de intenciones viles. Sin embargo, Runeberg clarifica la importancia del rol de Judas, quien se sacrificó hasta lo más indignante para que Jesús lograra su objeto. Insistimos en que estos dobles funcionan en contraposición: mientras uno se entrega como sacrificio por la humanidad, el otro traiciona y se sacrifica a sí mismo; uno, noble y el otro, infame. ¿Qué sería del relato sin la figura de Judas? O, de manera más clara, ¿cuán importante es el oponente?; ¿éste funge también como ayudante?

Runeberg establece una simetría que nos resulta evidente y, sobre todo, asertiva: el último de los apóstoles sería el primero, ya que se sostiene de las propias palabras de Jesús: “Y he aquí hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros” (Lucas 13:30). Borges, en su segunda edición del cuento,¹⁵ añade:

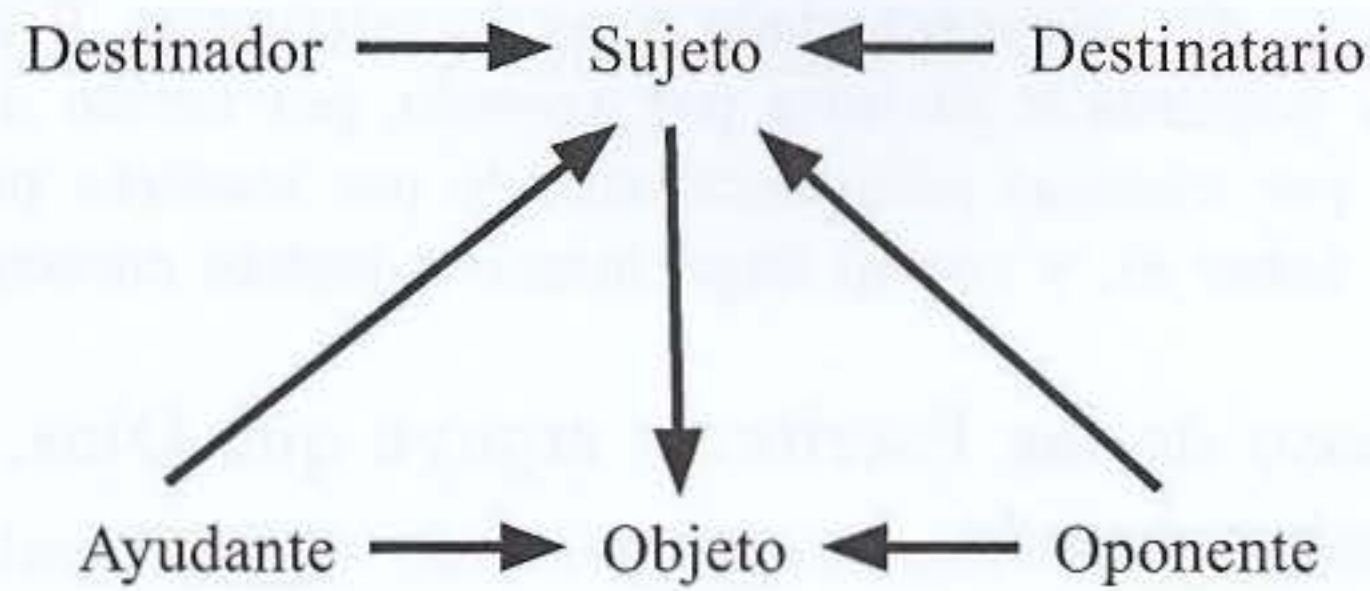
El orden inferior es un espejo del orden superior; las formas de la tierra corresponden a las formas del cielo; las manchas de la piel son un mapa de las incorruptibles constelaciones; *Judas refleja de algún modo a Jesús*. De ahí los treinta dineros y el beso; de ahí la muerte voluntaria, para merecer aún más la Reprobación.¹⁶ (itálicas nuestras)

Nuevamente, el texto reitera su análisis actancial: el oponente, de algún modo, refleja al sujeto; esto es, claramente, identificable si aplicamos el cuadro semiótico a los actantes.

¹⁴ *Ibid.*; 186-187. Valga señalar que, en *La Divina Comedia* —libro bien leído por Borges si nos referimos a “Vindicación de la Cábala”, (57)— los traidores ocupan el último de los círculos del infierno.

¹⁵ Refiérase al Apéndice V, “Registro de variantes”, del libro de Alazraki, donde compara las ediciones de los escritos de Borges (pp. 383-406, en específico p. 394).

¹⁶ *Ibid.*; 187.



Por otra parte, en la segunda versión, Runeberg trata de vindicar a Judas, siguiendo lo establecido por Mateo 10:8:¹⁷ “Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia”; o, por Lucas 9:1: “Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades”. El teólogo de Lund alega que un hombre tan prodigioso o tan favorecido no pudiera ser víctima de la codicia, como señalan algunos, amparándose exclusivamente en Juan 12:6, donde se le acusa de ladrón;¹⁸ insiste, incluso, en su carácter de asceta quien:

[...] para mayor gloria de Dios, envilece y mortifica la carne; Judas hizo lo propio con el espíritu [...] Judas eligió aquellas culpas no visitadas por ninguna virtud: el abuso de la confianza y la delación [...] Judas buscó el Infierno, porque la dicha del Señor le bastaba.¹⁹

De este modo, Judas se vuelve el ayudante de Jesús y su sacrificio es mayor porque sacrificó su nombre al quedar como traidor para la eternidad, y ocupa un lugar superior al del sujeto mismo (tomando en cuenta que la salvación —el objeto del relato— exige el mayor de los sacrificios). Valga insistir: ¿no es el sujeto el generador de la acción? Por supuesto, que se trata de una cuestión de percepción, y ¿no son las interpretaciones literarias meras percepciones o enfoques en un punto determinado?

La tercera y última versión es la que más nos interesa. Ésta parte de Isaías 53:2-6, que profetiza:

[...] le veremos, más sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado

¹⁷ Llama la atención ese capítulo de Mateo puesto que en el versículo 39 declara: “El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará”. Una vez más la lectura nos refiere al texto bíblico que no desmiente la versión que postula Runeberg, sino que la sostiene mediante pistas interesantes a todo lector enciclopédico, como lo fuera el propio Borges.

¹⁸ Leemos en Juan 12:4-6:

Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, hijo de Simón, el que le había de entregar: ¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres? Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía lo que se echaba en ella.

¹⁹ *Ibid.*; 188-189.

entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por agotado, por herido de Dios y abatido. Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados [...].

Entonces, el estudioso de las Escrituras arguye que Dios, al rebajarse a ser hombre, debió de haber pecado:

Dios totalmente se hizo hombre hasta la infamia, hombre hasta la reprobación y el abismo. Para salvarnos pudo elegir cualquiera de los destinos que traman la perpleja red de la historia; pudo ser Alejandro o Pitágoras o Rurik o Jesús; eligió un ínfimo destino: fue Judas.²⁰

Una vez visualizamos esto, los versículos del Profeta Mayor, así como el de Juan 1:10 (“En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció”) establecen no solo un paralelismo,²¹ sino que son mucho más coherentes si los adjudicamos a la figura de Judas.²² Siendo Dios tuvo que haber elegido un extremo al encarnarse: el de hombre pecador, el más vil: el traidor. El oponente opera en función al sujeto al punto que son el mismo actante; así como Cartaphillus es Homero, así como los teólogos rivales son uno solo ante Dios.²³

Entonces, el cuadro semiótico se dinamiza porque si seguimos las suposiciones de Runeberg vemos cómo cada actante se moviliza entre los distintos roles actanciales. Si Judas es el sujeto, Jesús es el ayudante, pero también el oponente; y, así mismo, con la figura de Jesús, al punto en que son el mismo actante, como indica el cuadro semiótico. No estamos ante el típico antihéroe, sino ante unos actantes más complicados y significativos.

²⁰ *Ibid.*; 191. Valga destacar que Alazraki señala que la tesis principal de la narración del escritor argentino es la dualidad de la personalidad: “Runeberg es Basírides y Judas, Jesús” (p. 16).

²¹ Hugo Méndez Ramírez hace un análisis estructural, en su artículo, “La estrategia narrativa y la unidad estructural en ‘Tres versiones de Judas’ de Jorge Luis Borges” (*Revista Interamericana de Bibliografía/Interamerican Review of Bibliography* 40:2 (1990)), que merece la pena mencionar:

El hecho de que el final del cuento traicione la unidad de estilo visible en el resto del relato refuerza el paralelismo de la forma y el contenido [...] Finalmente el tejido de la trama de esta ficción se urde en un sistema tripartito que da unidad y coherencia a toda la narración. Son tres los párrafos finales que subvierten el estilo y tono académico; tres las versiones de Judas; tres las partes del cuento; tres los misterios de la Santísima Trinidad; tres los traidores (Judas, Runeberg, Borges); tres los heresiarcas. (p. 210)

²² En cierta medida, esto apunta a la teoría de la recepción y tiene su paralelo con “Pierre Menard, autor del Quijote” (*Ficciones*, pp. 41-55), ya que dependiendo del contexto sociohistórico, la lectura de un mismo texto “se refresca” generando nuevos significados.

²³ Refiérase a “El inmortal” (pp. 7-27) y “Los teólogos” de *El Aleph*.



Ver a Judas, simplemente, como el oponente reduce su rol actancial y le quita complejidad al relato.

Como lectores muchas veces no apreciamos los detalles más obvios de una narración, peor aún, aquéllos que son solapados en la trama. No nos percatamos de que a quien le brindamos toda la atención y analizamos como el sujeto de la narración no es necesariamente el generador de la acción del relato (como también postula Borges con el sujeto, Vincent Moon²⁴). Muchas veces el oponente es el móvil, y el ayudante del sujeto, y este último no es sino un ente que existe gracias a la función de su oponente —que es, en realidad, el ayudante, que es, en realidad, el verdadero sujeto del texto. Cabría preguntarnos hasta qué punto la moral nos impide ver el dinamismo entre los roles actanciales en los textos. Podríamos, incluso, formular lecturas similares que deconstruyan las interpretaciones establecidas a otros textos fundacionales. Borges propone en “La nadería de la personalidad”:

Pienso probar que la personalidad es una trasoñación, consentida por el engrimiento y el hábito, mas sin estribaderos metafísicos ni realidad entrañal. Quiero aplicar, por ende, a la literatura las consecuencias dimanantes de esas premisas, y levantar sobre ellas una estética, hostil al psicologismo que nos dejó el siglo pasado, afecta a los clásicos y empero alentadora de las más díscolas tendencias de hoy.²⁵

Yo no niego esa conciencia de ser, ni esa seguridad inmediata del aquí estoy yo que alienta en nosotros. Lo que sí niego es que las demás convicciones deban ajustarse a la consabida antítesis entre el yo y el no yo, y que ésta sea constante.²⁶

Borges, sin duda, percibe las estructuras actanciales de la narrativa en una forma compleja y dinámica, y apunta a ello en muchos de sus cuentos. Pudiéramos releerlo como: ‘niego la consabida antítesis

²⁴ Véase “La forma de la espada” (*Ficciones*, pp. 137-145). En este relato, el narrador asume la identidad del sujeto; sin embargo, al final confiesa ser el oponente. Valga señalar que una cicatriz en su rostro denuncia pública y físicamente su infamia, aspecto que merece ser estudiado con detenimiento en otro espacio.

²⁵ *Ibid.*; p. 93.

²⁶ *Ibid.*; p. 96.

entre el sujeto y el oponente'. Así, no solo nos brinda una nueva forma narratológica de "querer expresar la vida entera",²⁷ sino una nueva forma de leer.

Alexandra Pagán
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

²⁷ Dice Borges, en "La nadería de la personalidad": "[...] procurar expresarse, y querer expresar la vida entera, son una sola cosa y la misma" (p. 100).